

345  
L

K5460  
P7  
V.2  
e.1  
ce

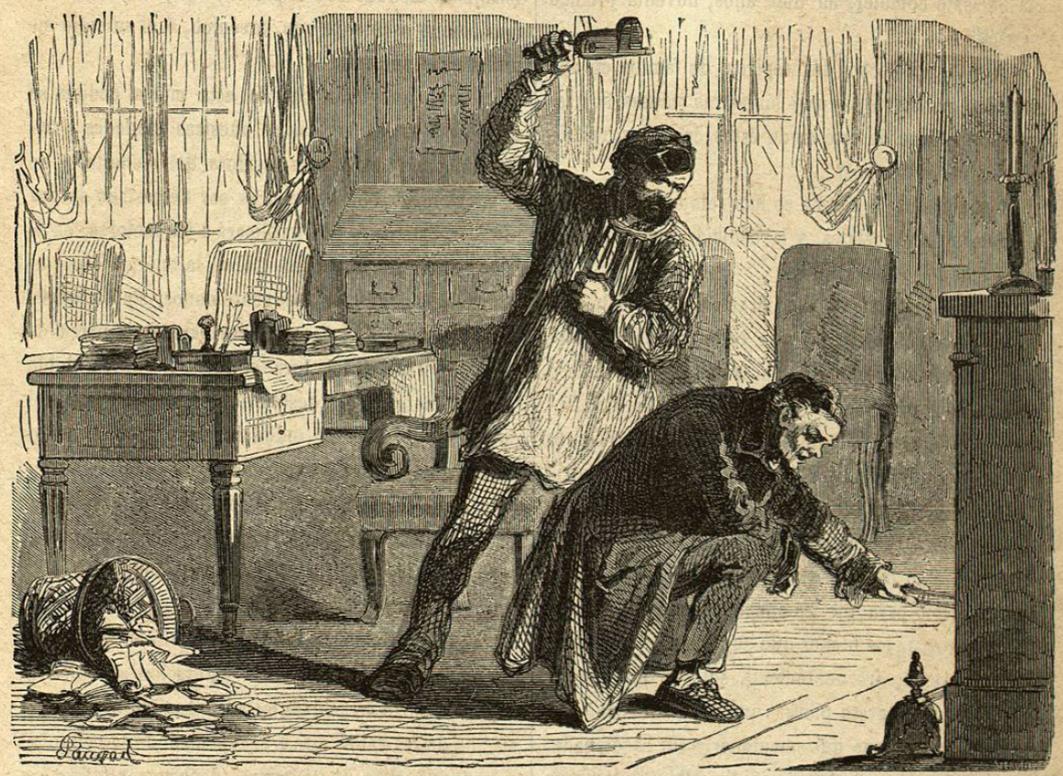
ES PROPIEDAD DE SALVADOR MANERO.

PROCESOS CÉLEBRES DE TODOS LOS PAÍSES.

# DONON-CADOT.

(1844.)

PARRICIDIO.



Le di un golpe con toda mi fuerza.

Casi desconocido en las sociedades antiguas, el parricidio ni previsto estaba en las legislaciones de Grecia y de Roma. Solo despues de seis siglos de civilizacion se vió precisado el legislador romano á dictar una pena contra el asesinato del padre ó de la madre. Y la pena fué excepcional como el mismo crimen. Metiase al reo en un saco de cuero que luego se arrojaba al mar; despues, se metieron con él

cuatro animales dañinos, un perro, un gallo, una víbora y un mono.

El antiguo derecho francés se negó en un principio á admitir que un hijo pudiese matar al autor de sus días, y hasta 1791 no hubo en este punto mas que la jurisprudencia de las sentencias. Todavía hoy el castigo del parricida se verifica con formalidades agravantes que lo señalan á los espectadores como á un monstruo cuya fisonomía no debe empañar la luz del sol. Unicamente á partir de 1832 suprimió la ley la mutilación de la mano criminal.

Y hé aquí, sin embargo, un proceso tristemente famoso, en el que un abogado de la ley aterra á la conciencia pública con esta triste revelación: «¡Francia ha visto cometer, en diez años, noventa y cinco parricidios!»

¿Qué se ha hecho del espíritu de familia en una sociedad semejante, y qué siniestras causas son las que multiplican de este modo estos crímenes, rarísimos en otros tiempos?

Los lazos de la familia se han relajado al par que los demás lazos sociales, y la codicia explica la mayor parte de los parricidios.

¿Cuál es, en efecto, en Francia, principalmente en los campos, la causa mas ordinaria de este crimen? Un cabeza de familia ha trabajado cincuenta ó sesenta años para mantener á los suyos. Un día, faltante las fuerzas y sus hijos son hombres. Todo lo que posee la familia ha salido de aquella mano sufriendo; pero aquella mano no puede trabajar ya y fecundar la tierra. El anciano es ya inútil. Se le hace comprender su inutilidad y sus hijos lo llevan á casa de un notario para que les abandone, á ellos que son mas vigorosos, los bienes que supo adquirir. Estipúlase una renta, frecuentemente solo se promete. Y un día el hijo ingrato piensa que su padre vive demasiado y que tiene que mantenerlo sin hacer nada. Escatímense los alimentos del inválido y la nuera murmura al tener que satisfacer á una boca inútil.

El que escribe estas líneas comía un día en casa de un alcalde de poblacion rural. Un viejo aldeano, en extremo achacoso, mal abrigado en Diciembre con un pantalon de tela azul y con una blusa hecha girones, entró en el comedor. Lloraba y miraba con ansia desesperada la bien provista mesa.

Nos levantábamos, movidos por la compasion, para consolar tanta miseria, cuando el alcalde, viejo aldeano tambien, le dijo:—¡Vamos! tío Durand, ¿qué hay de nuevo?—Buen señor, mi hijo no quiere seguir pagando la renta, y mi hija me niega el pan; dicen que los holgazanes no deben comer.—Tío Durand, respondió el alcalde, justamente hace treinta años que tu padre mendigaba por los caminos porque tu le negabas el pan; y sin embargo, él te lo habia cedido todo por una renta que tu no le pagabas. A cada uno le toca á su vez, y tal padre, tal hijo. No te hacen sino lo que tu mismo hiciste.

Esta espantosa codicia, desarrollada por las dificultades de la estrecha y dura codicia del campo, termina á menudo con el parricidio, y la conclusion mas comun es la sopa con arsénico, ó el suicidio simulado del anciano.

¿Pero, qué decir cuando esta mortal codicia se manifiesta en las familias de nuestras ciudades y resiste á la influencia moralizadora del bienestar y de la educacion? ¿Puede entonces ser demasiado severo el juez? Esto es lo que explicará á los lectores, en el famosísimo proceso Donon-Cadot, la energía especialísima de la acusacion. Apresurémonos, sin embargo, á decir que en este proceso desapareció el parricida ante un veredicto del Jurado. Mas el penoso doble sentido que el lector descubrirá en la sentencia del culpable, se explica indudablemente por el justo horror que los jueces experimentaron al ver en aquella desgraciada familia rotos los lazos naturales por las mas bajas pasiones, corrompido el sentido moral por el egoismo, por los celos y por la codicia.

El 15 de Enero de 1844 se cometió en mitad del día un crimen audaz, en unas habitaciones al alcance, por decirlo así, de las miradas de todo el mundo, en una de las calles mas frecuentadas de la pequeña y tranquila villa de Pontoise, (departamento francés del Seine-et-Oise.)

El señor Donon-Cadot, antiguo comerciante de trapos y de mercería, que en 1837 habia dejado aquel comercio para dedicarse á operaciones mercantiles y de barca, hombre rico, ó, á lo menos, tenido por tal, habitaba en aquella época una casa de la calle Basse-della-Vannerie. Viudo hacia siete años,

tenia dos hijos, Carlos, casado en Pontoise, y Alejandro-Eduardo, recién salido del colegio, el cual vivia solo con él. La casa del banquero Donon-Cadot era de las mas modestas, y su parsimonia era calificada por algunos con una palabra menos favorable. Su sérvidumbre consistia en una sola mujer que hacia las faenas de la casa, la tia Mazy.

El 15 de Enero, Donon-Cadot habia entrado por la mañana, como de costumbre, en su despacho, pieza situada en el piso bajo y que recibia la luz por dos ventanas que daban á la calle. La criada le habia llevado, á eso de las siete y media, su habitual desayuno de café, marchándose cerca de las ocho despues de haber recibido encargo de volver una hora mas tarde para cobrar varias cuentas, porque era día de vencimientos.

A cosa de las nueve, un médico, el señor Deslions, habia visto al banquero sentado á una mesa delante de la chimenea y hablando con un individuo que estaba á su derecha. Algunos minutos despues volvió la criada, y encontró en la puerta á una mujer, Lamarre, que deseaba hablar al señor Donon-Cadot, y la cual llamaba por segunda vez. Salió á abrirles el jóven Eduardo Donon, quien les dijo que su padre habia salido y que indudablemente no tardaria en volver. Como á las nueve y media, el señor Hancourt al pasar por delante de la casa vió agitarse fuertemente las cortinas de una de las ventanas del despacho, y detrás de ellas á un hombre de pié, que él creyó que era el mismo banquero.

Sin embargo, cerca de las cuatro de la tarde el señor Carlos Donon recibió aviso de su hermano Eduardo de que su padre faltaba de casa desde por la mañana sin motivo conocido, y de que aquella ausencia prolongada en un día de vencimientos, inspiraba inquietudes.

El señor Carlos Donon y su mujer fueron á casa de su padre. Antes de entrar creyeron ver por los intersticios de uno de los visillos del despacho un reguero de tinta y de sangre en aquella pieza, y en el fondo un cuerpo tendido. La señora Hamot, tia de los jóvenes, y su yerno el señor Favry, vieron tambien aquellas alarmantes apariencias.

No encontrándose la llave del despacho, se echó abajo una de las hojas de la puerta, y el señor Car-

los Donon al meter la mano por aquella abertura cogió una mano helada. ¡No habia duda, era la de su padre!

Dióse parte á las autoridades, un cerrajero abrió la puerta, y vióse un espectáculo horroroso. El cuerpo de Donon-Cadot se hallaba boca abajo, las piernas extendidas y juntas, á lo largo del zócalo de madera que daba frente á las ventanas. La cabeza, cubierta con una gorra, y parte del cuerpo, estaban bañadas en un enorme charco de sangre; en medio de la habitacion habia otro. Sobre la sangre se habia echado ceniza que luego habia sido arrojada á la chimenea. El cuello de la camisa estaba desgarrado, arrancados muchos botones del chaleco, y sobre las ensangrentadas manos se habian bajado las sobremangas de terciopelo del paletó manchado de sangre por la espalda. El entarimado, el fondo de una pequeña mesa colocada cerca de la chimenea, el espejo, las jambas de la chimenea y el papel de las paredes estaban salpicados por numerosas gotas de sangre. Las cortinas de las ventanas tenian á la altura de un hombre la mancha producida por una mano ensangrentada que las habia cerrado. En el escalon exterior y en la habitacion habia algunas huellas ensangrentadas marcadas por un calzado claveteado. En la puerta del despacho, cuya llave habia desaparecido, el tirador interior estaba manchado de sangre, en tanto que el exterior no tenia ninguna señal.

Apenas si se podia reconocer la cabeza de la víctima. La mandíbula superior, y los huesos que forman la fosa temporal derecha estaban rotos; los dientes tambien rotos ó fuera de sus sitios; anchas y profundas heridas se veian escalonadas en la sien derecha; la oreja de este lado estaba hecha varios girones; en la region temporal izquierda se habia producido un chichon por el golpe de la cabeza contra el entarimado.

El crimen se habia, pues, cometido con un instrumento contundente, manejado con gran fuerza. El móvil habia sido el robo, porque se habia forzado un secreter, valiéndose de unas tenazas que se habian dejado sobre una caja que estaba cerca de aquel mueble, cuyos cajones abiertos se hallaban vacíos. Los de la mesa del despacho, y otro mueble que estaba entre las dos ventanas y sobre el cual habia un

pupitre, habían sido registrados. Cerca de la ventana mas próxima á la puerta, en un armario entreabierto se veía vacío un estuche de objetos de plata, y tirados por el suelo registros, papeles y cajas de carton.

Eduardo Donon, consultado sobre la importancia de las sustracciones, dijo que faltaban: 1.º tres carteras de tafete verde, ordinariamente colocadas en el pupitre, y que contenian efectos de comercio por valor de 5 á 600.000 francos; 2.º seis cubiertos y doce cucharas pequeñas de plata; 3.º una suma de 5 á 6.000 francos en billetes de banco ó en metálico, que debian estar en el secreter.

El crimen tenia que haberse cometido antes de las diez y despues de las nueve de la mañana. Desde la vuelta de la criada, el asesino debió estar solo, en el despacho, en presencia del cadáver de su víctima. Cuando Hancourt veía, á las nueve y media, agitarse las cortinas, el asesino vaciaba los armarios. La criada volvió otra vez un poco antes de las diez; había oído, despues de haber llamado con la campanilla, un ruido de pasos en las habitaciones bajas, y sorprendida de que no abrieran, había mirado por un rincón de la ventana no cubierto enteramente por las cortinas, y creyó ver un singular desórden, algo como una estufa derribada, cañones por el suelo y regueros de hollin. Sabido es lo que ella veía.

En los momentos del asesinato, solo una persona estaba en la casa con la víctima, su hijo Eduardo. Eduardo era quien había anunciado á las señoras Mazy y Lamarre, y poco despues á un tal Chenevières de la Ermita, y á otras varias personas la ausencia de su padre. Hasta las cuatro de la tarde Eduardo Donon había permanecido en la casa, y sin embargo, nada había visto, ni oído, salvo el sonido producido por una moneda de cinco francos al caer sobre el entarimado.

Se había levantado, segun decía, á las ocho y media, y despues de haber bajado por leña á la leñera y de haber dado algunos paseos por el jardín, había subido á su habitación situada inmediatamente sobre el despacho, del cual no estaba separada sino por el espesor del techo. Cuando fueron las señoras Mazy y Lamarre, trató de alzar el pestillo de la puerta del despacho, y viendo que no estaba puesta la

llave creyó que había salido su padre. Durante lo demás del día, había despedido por esta causa á todas las personas que llamaron á la puerta. Finalmente, mas tarde, impaciente, inquieto, había tocado á la puerta, llamado á su padre, y viendo que no le contestaba, miró por encima de la puerta y creyó ver que todo estaba en órden. Sin embargo, aquellas cortinas corridas eran el indicio ordinario de una partida para París; pero en estos casos su padre le dejaba la llave. Entonces, vago temor se apodera de él, y no atreviéndose á permanecer solo en aquella casa, había corrido á casa de su hermano.

Al día siguiente comenzó á conocerse el terrible misterio de este crimen. Dicho día y los siguientes, la mayor parte de los efectos de comercio sustraídos del despacho fué devuelta por el correo de París, de Saint-Denis y de Poissy, á nombre de Donon-Cadot y del ugier Judin. Aquellos documentos, en número de 468, importaban 299.590 francos y 75 céntimos.

Seguíase sin conocer al autor de aquella restitucion cuando se supo que, al día siguiente de cometido el crimen, se había presentado en Virmes un jóven de quince á diez y seis años en casa de los señores Julieu y Georges, y cobrado el importe de dos efectos de comercio que formaban parte de los que habían sido robados. Opusiéronse negativas al pago de los documentos no devueltos, y el 10 de Febrero un tal Gillet, comerciante de vinos en Houilles, se negó á pagar uno de 300 francos que le presentó el jóven que el mes anterior había ido á Virmes; el 16 de Febrero el jóven fué detenido en Argenteuil en el acto de presentar para cambiarlo un billete de 100 francos.

Aquel jóven declaró llamarse Carlos Rousselet, que vivía con su padre, el cual era cerrajero de Sannois. Se fué á casa del padre, y en ella se encontró una mano de papel semejante al de los sobres, dentro de los que se habían devuelto los billetes á Pontoise.

Rousselet no estaba en casa; pero no había abandonado el pueblo. Hallábase oculto en una cabaña dependiente de un pequeño jardín que estaba léjos de las habitaciones. Allí se le prendió el 18 de Febrero, á eso de las siete de la mañana. Estaba sentado, con aire pensativo, cerca de una mesa de jar-

din; tenia una pistola cargada y montada al alcance de su mano, y al lado de un litro de aguardiente. En las paredes de la cabaña y cerca de la puerta, se leía la siguiente inscripcion, trazada con la punta de un cuchillo:

*Aquí es donde yo debo morir.*

*Mi tumba se halla á treinta metros de esta puerta, y á un metro de la pared.*

ROUSSELET, padre.

*No lloreis sobre mi tumba;*

*al cavarla, la he regado con mis lágrimas.*

Al ruido que hicieron los gendarmes para abrirse paso, se levantó, miró, y, reconociendo á los agentes de la fuerza pública, se dejó prender sin oponer resistencia, y sin intentar servirse de su arma contra los demás ó contra sí mismo. A la distancia indicada por la inscripcion se encontró, en efecto, cavada una fosa.

Rousselet confesó que había enviado á su hijo á cobrar los documentos, despues de haber puesto en ellos un recibo y firmas imaginarias; confesó tambien que había remitido los demás á la familia Donon. Pero dijo que se los había encontrado en la estacion del ferro-carril de Rouen, en París.

Dos días despues confesó su participacion en el crimen, cometido, segun dijo, por un jardinero, por instigaciones del hijo Eduardo Donon. «Mientras que el jardinero daba el golpe, dijo contestando á las preguntas del juez instructor, su amigo, que lleva anteojos (es muy conocido del señor Eduardo), de edad de treinta y seis años, de baja estatura, cabellos y cejas de color oscuro, barba en forma de collar del mismo color, no muy poblada, de bastante buen aspecto, de corpulencia ordinaria, con un pantalón y un paletó oscuros, y con una gorra en la cabeza, espía en la escalera. Entré en el gabinete del señor Donon con el jardinero. Este fué el que corrió las cortinas despues de haber tendido en el suelo á su amo, valiéndose de una llave inglesa.»

Las confesiones de Rousselet habían, por fin, orientado á la justicia; se puso en libertad á varias personas detenidas con alguna ligereza y se tomaron medidas para apoderarse del hijo de la víctima. Los magistrados no abrigaron la mas leve duda sobre la culpabilidad del jóven Eduardo, y aún creyeron re-

cordar ciertos indicios que mas pronto deberian haberles puesto en camino. Su actitud despues de la muerte de su padre revelaba frialdad y cierto embarazo. ¿Cómo no había oído nada cuando solo lo separaba de su padre el techo de la habitación de éste? ¿Cómo explicar aquella indiferencia todo el día por la ausencia no acostumbrada de su padre, y en un día de pagos? ¿Y aquella restitucion del asesino no indicaba una extraña solicitud á favor de los hijos del que acababa de matar?

Se recordaron entonces las contradicciones de lenguaje en las que no se había reparado en un principio. Así, por ejemplo, para explicar cómo había podido creer que su padre se hubiera ausentado, Eduardo había dicho el 7 de Febrero, que su padre le dijo el día antes de su muerte que tenia intencion de ir á París á procurarse el dinero necesario para sus pagos; mas el 17 de Enero había declarado que el señor Donon-Cadot tenia para hacer frente á dichos pagos de 5 á 6.000 francos en metálico ó en billetes de banco.

Habiéndole preguntado el juez de instruccion cómo creyó que murió su padre, Eduardo había contestado balbuceando: «Creí que por asfixia.»

El 22 de Febrero se expidió órden para prender á Eduardo; pero el día antes había salido de Pontoise y marchado á París con su hermano. Permaneció allí sin justa causa, y fué á reunirse al pasaje del Grand-Cerf con una tal Carolina Mérandon. Pasaron juntos parte de la tarde y todo el día siguiente; la llevó al teatro, y fueron despues á pasar la noche á una casa de la calle de Saint-Denis, donde declararon llamarse señor y señora de Planat. Aquella jóven había servido en casa de Donon-Cadot, y había sido querida del padre y del hijo.

El 23 los prendieron dos agentes al salir de un restaurant. El primer movimiento de Eduardo fué exclamar: «Si alguien ha hecho daño, soy yo. Carolina nada tiene que ver con esto; soy yo solo.» Interrogada Carolina, no pudo ocultar que había, en sus conversaciones con Eduardo, manifestado á esta sospechas contra él mismo, con motivo del crimen de Pontoise. «Pensé en él, dijo ella al juez, conociendo la mala inteligencia que reinaba entre el padre y el hijo.» Añadió que Eduardo le había dicho que había

soñado que un cerrajero de Sonnais era quien había matado á su padre, y algunos dias antes del asesinato había tenido el presentimiento de lo que él llamaba el accidente.

Aquella prision del jóven Eduardo, en los momentos en que se entregaba á vergonzosos placeres con una jóven, querida, no hacia mucho, de su padre, no era de naturaleza para debilitar la certidumbre adquirida por los magistrados. La misma Carolina Mérandon, aquella jóven que á la vez se había entregado al padre y al hijo, que se entregaba todavía al que sospechaba que había cometido el mas horrible de los crímenes, no pudo menos de vacilar en aceptar el convite para ir al teatro.—¿Cómo podeis pensar en semejante diversion, había dicho á Eduardo, estando tan próxima una desgracia como la que ha pasado?—¡Bah! Dejaos de cosas, había respondido Eduardo, ¿acaso soy conocido? ¿Se sabe en París lo que se hace?»

Eduardo había negado al principio la antigüedad de sus relaciones con aquella jóven, y luego se vió precisado á reconocer que databan de 1842. Carolina había confesado que las querellas de celos sostenidas entre el padre y el hijo, le obligaron á salir de Pontoise.

Aquellas indicaciones tan graves parecieron agravarse mas con el descubrimiento hecho el 25 de Febrero, en un mueble del comedor de Pontoise, de una llave que había desaparecido el dia del crimen: la llave del despacho. Dicha llave, que por lo lustrosa revelaba su uso, fué presentada á Eduardo, que dijo haberla encontrado pocos dias antes de su ida á París.—¿Por qué, se le dijo, no habló de este descubrimiento?—¡Oh! respondió Eduardo, esto habria dado lugar á historias. Por lo demás, hablé de ella al guarda de los sellos.

Interrogado este hombre, dijo que Eduardo nunca le habló de aquella llave.

Mas Rousselet había dicho que no había cerrado la puerta del despacho al marcharse, que en aquel momento no estaba puesta la llave y que Eduardo la había quitado con cuidado algunos instantes despues de cometido el crimen.

Estos cargos tan graves hicieron tal impresion sobre el jóven Eduardo que el 25 de Febrero, des-

pues de un largo y severo interrogatorio, trató de suicidarse. Un gendarme lo sorprendió en el momento en que ataba á los hierros de su ventana una larga corbata anudada al cuello.

Al mismo tiempo, la instruccion revelaba contra el hijo de la víctima deplorables antecedentes. Perezoso, sombrío, detestado por todos, había sido expulsado de todos los establecimientos de educacion á que había sido llevado. El principal del colegio de Pontoise, declaró que Eduardo le había dicho: «No quiero á mi padre, ni quiero á nadie.»

«Estas palabras fueron pronunciadas con tono muy resuelto, añadió el principal, y no pude menos de reñirle: cogiéndole entonces por un brazo le dije: «Salid, sois un monstruo; voy á volveros inmediatamente á casa de vuestro padre.—Y así lo hice, compadeciendo al pobre señor Donon de tener tal hijo.»

Otros testigos declararon que las relaciones entre el padre y el hijo no eran cordiales; que se pasaban dias sin que se dirigiesen la palabra, y que cuando comian juntos lo hacian sin hablarse. Eduardo se quejaba á menudo de la avaricia de su padre, y tenia celos de su hermano mayor. El 1.º de Enero de 1844, olvidando la piadosa costumbre observada en todas las familias, no felicitó á su padre el año nuevo, y fué menester una carta irritada del señor Donon-Cadot y la intervencion de los parientes mas próximos para llegar á una especie de reconciliacion.

No había, sin embargo, en todo esto mas que indicios, y, hasta entonces, la culpabilidad del jóven Donon no descansaba mas que sobre las afirmaciones á menudo contradictorias y mentirosas de Rousselet, quien ya abandonaba la invencion del jardinero y del hombre de los anteojos.

La primera confrontacion de ambos acusados fué de las mas dramáticas.—«Soy culpable, dijo Rousselet, desde que se le dirigió la primera pregunta; yo soy quien ha cometido el crimen; pero el hijo Donon fué quien me indujo á cometerlo; durante dos meses me estuvo hablando de él.—¿Cómo, miserable! exclamó con violencia Eduardo, levantándose furioso, me acusais! No soy culpable.» E hincándose de rodillas: «¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡acusarme de la muerte de mi padre!»

Eduardo se levantó en seguida, y mirando á

Rousselet con amenazadores ojos, apretando los puños, le dijo: «¡Miserable! Jamás lo olvidaré: ¡acusarme de la muerte de mi padre!» Los gendarmes se arrojaron sobre él y costóles trabajo contenerle. Tan pronto lloraba y se abatía, como se reanimaba y amenazaba á su acusador. Rousselet, sin embargo, continuaba afirmando con calma.—Le conozco, dijo, desde hace tres ó cuatro años; pero no le conocia como le conocí dos meses antes del 15 de Enero. Á pesar de la exaltacion que ahora tiene, puedo aseguraros que acabará por reconocer que he dicho la verdad.»

Y aquí nueva crisis de cólera por parte de Eduardo; se agita, llora y amenaza.

Pregunta.—¿En qué ocasion y por qué causa habeis visto mas frecuentemente á Eduardo Donon dos meses antes del asesinato?

Respuesta.—Deberia preguntársele á Eduardo: desde que quiso inducirme á cometer esta mala accion, se mostraba mas amigo mio que de ordinario.

P.—¿Qué dia os hizo la proposicion directa de asesinar á su padre?

R.—El 5 de Diciembre; aquel dia me dijo que daria de buen grado 100.000 francos, si quisieran desembarazarle de su padre. Me habló de varias señoritas, principalmente de la señorita Duné.

Eduardo, con mas calma.—Eso es verdad; pero no fué el 5 de Diciembre cuando tuvo lugar aquella entrevista, sino el dia de Navidad. Había él entrado en mi habitacion, miraba los cuadros, y por decirle algo, le hablé de las bodas de la señorita Duné, de Sannois, y de una hermana de aquella señorita.

Rousselet.—Eduardo, te equivocas, como te lo probaré: hablé de eso en el comedor, pero no fué aquel dia: fué la primera vez que yo te ví, esto es, mucho tiempo antes. Lo sabe muy bien; pero hace como que lo ignora. Era en los últimos dias de Noviembre. Me dijo que acababa de salir del colegio, y le contesté que era una felicidad para un jóven guapo como él tener fortuna. Y entonces me dijo que de ella no disfrutaba, y añadió con un gesto de desprecio: «¡Ah! mi padre!...»

Eduardo.—Eso es falso.

P. á Rousselet.—¿En qué comedor pasó eso?

R.—En el que dá al jardin.

Eduardo.—Eso es falso. Pero, ¡miserable! sé que conocias demasiado bien los lugares.

Rousselet.—Si los conozco bien, sabes perfectamente que esa es tu confesion.

Eduardo, á Rousselet.—¿Por qué causa, pues, habiais entrado en aquel comedor?

Rousselet, (tranquilamente).—Sabes muy bien que tú fuiste quien me llevó para hablarme de tu salida del colegio.

Eduardo Donon no responde y se echa á llorar.

Rousselet prosigue en su declaración.—Despues de las primeras palabras del 5 de Diciembre, el 25 fué cuando me propuso terminantemente la ejecucion del crimen. Yo vacilaba siempre; le decia que no podria decidirme á matar á su padre, que era amigo mio, y me contestó: «Con la fortuna que yo os aseguro, se adquieren amigos.» Aquel dia pronuncié el sí fatal. Si se empeña en negarlo, no puedo arrancarle la verdad del corazon; pero sabe muy bien que digo la verdad. Para decidirme hizo mil monadas y me dirigió mil elogios. No era tan descarado como hoy. Pero acabará por decir la verdad; no se puede vivir con algo sobre el corazon.

Y como Eduardo exclamase: «Eso no son mas que mentiras; ¿cómo quereis que yo responda?» Rousselet insistió.—En nada miento. ¿He inventado que me habló de una jóven á quien amaba y á la que tambien amaba su padre? ¿Y cómo he podido saberlo? No me lo han dicho las paredes. El 5 de Diciembre fué cuando por primera vez me habló de aquella jóven, de los celos que había sentido contra su padre, y del deseo que tenia de vengarse. Este es el sentimiento que lo ha conducido hasta aquí, porque hasta despues no me habló de la avaricia de su padre. ¿Es esto verdad, Eduardo?

Eduardo permaneció callado. Interpelado por el juez de instruccion, negó que hubiese hablado á Rousselet de Carolina Mérandon. Dijo que el 25 de Diciembre ya no hacia caso de aquella jóven, á la que no ha amado hasta despues que fué preso.

Entonces Rousselet, en presencia de aquel á quien designaba como cómplice suyo, reprodujo el relato de la horrible escena del 15 de Enero: los sollozos ahogaban su voz. «Y su bárbaro hijo, no siente tanto pesar como yo,» dijo al terminar.